

En el bloque de Arte y Cultura se insertan los ocho estudios restantes, entre los que cabe señalar el de R. Froidi, el cual se plantea una reflexión sobre los criterios de clasificación y periodización de la época, defendiendo la «necesidad de adoptar para la literatura española de la segunda mitad del siglo XVIII la definición de “literatura ilustrada”, en lugar de la equívoca y desviadora “literatura prerromántica”», ya que este último término ha de dejarse únicamente para los «elementos de gusto, temáticos y formales, que saliendo del ámbito cultural del momento y sin una nueva, unitaria, conciencia ideológica, nos sugieran espontáneamente la alusión a unos elementos que premeditadamente identificamos como del Romanticismo» (págs. 480-481).

En otro orden, J. García Lasasa estudia la oposición de la Universidad de Zaragoza al establecimiento de nuevas cátedras por parte de la Sociedad Económica de la citada ciudad, volviendo sobre el tema de Normante y ampliándolo en gran parte (págs. 495-518). Otros estudios aquí incluidos son los de E. García de León, E. Palacios Fernández, y M. R. Prieto que, respectivamente, analizan los prólogos de las traducciones de novelas en el siglo XVIII, la visión que en el citado siglo se tenía de los poetas españoles del Siglo de Oro, y, finalmente, una aproximación a la polémica que la reposición del auto sacramental de Calderón, «La prestación de la fe» originó en su tiempo. La relación entre Mengs y la Academia de San Fernando es estudiada por M. Agueda Villar, mientras que G. Ramallo Asensio hace un análisis sobre las casas urbanas de la familia Camposagrado, con un seguimiento de las mismas hasta la época actual. J. L. Santaló presenta, finalmente, un estudio sobre la comisión del general Solano en Francia y el ejército del Rhin (1795-1796), con el que se acaba este tomo de comunicaciones en el que, junto a las indudables ventajas que presenta la reunión de tan diversos estudios, adolece, a nuestro juicio, del inconveniente de una inevitable dispersión temática —característica bastante común en todas las misceláneas—, al que en este caso hay que añadir el representado en algunos momentos por la diferencia entre la fecha de redacción de las ponencias y la de su publicación. De cualquier manera, creemos que una reunión de estudios como éste ayuda a un mejor conocimiento de un siglo tan importante en nuestra historia como el XVIII, así como a una mejor información de las múltiples posibilidades de investigación histórica en dicho marco cronológico.—CARMEN LÓPEZ ALONSO. *Plaza San Anacleto*, 2, 1.º B. ARAVACA, 28023 Madrid.

Góngora en Rumanía ¹

Una empresa de la envergadura que alcanza la traducción de una obra poética como la de Góngora, a un idioma cuya experiencia poética —grande e indiscutible— ha transcurrido por derroteros líricos absolutamente distintos, como el rumano de

¹ *Luis de Góngora y Argote, Polifem si Galatea* (Introducción y traducción al rumano por DARIE NOVACEANU, Editora Univers, Bucarest, 1982. Pág. 751).

Eminescu, Blaga, Bacovia y Barbu, incita a una reflexión que por lo menos ha de cifrarse en una pregunta preliminar. ¿Qué ocurre con la poesía en una situación como ésta? ¿Es posible que la naturaleza de base de la poesía misma, perteneciente a la acción esencial de un «traslator», se preste a una «traslación» segunda sin perder aquella característica —que con instinto seguro Baudelaire atribuía a la estructura gramatical de la poesía: un terreno donde la árida gramática deviene algo así como «une sorcellerie évocatoire»? En estas exactas palabras de Baudelaire referentes a la intimidad de la materia poética: «Manier savamment une langue, c'est pratiquer une espèce de sorcellerie évocatoire.»

Tarea de suma dificultad ésta en el caso de la traducción importante de Góngora al rumano, que Darie Novaceanu ha realizado, digámoslo desde el principio, con decisión, con ahínco, en una elaboración que ha ocupado algunos años de sus actividades de hispanista rumano, cuyos varios logros en su haber son notables. El resultado ha sido un estudio general de la obra de Góngora y una versión de «Polifemo y Galatea», publicadas en una edición de lujo en su país, que ha merecido uno de los premios hispánicos de traducción en 1983. Si la traducción de algunas obras poéticas de peso en la literatura universal plantea problemas de difícil solución, en el caso de Góngora las dificultades se multiplican. Esta vez, el traductor rumano ha querido asumir los empeños de Teseo en busca, primero del Laberinto verbal de Góngora, luego del hilo de una Ariadna secreta, combinación única de luminosidad y oscuridades de la palabra. Consciente, el traductor, con todo, de que el universo laberíntico pertenecía esta vez al mito de Ulises, peregrino eterno, cuya mediación poética es constante, desde Homero hasta Joyce. Varios aciertos de planteamiento han acompañado a Novaceanu en la bella empresa. En primer lugar, la idea, puesta en práctica, de que los elementos hermenéuticos son imprescindibles en un caso como el de Góngora. Con este fin ha ofrecido al lector rumano no sólo una «ubicación» espacio-temporal del poeta cordobés, hecha con esfuerzo y rigor, sino una explicitación poética que sirva de compañía constante a la traslación misma. El segundo acierto estriba en el hecho de combinar en lo posible, a lo largo de su versión, el principio de la traducción literal, con la transposición cargada de sentido propio de la lengua en que ha traducido, no ajena en sus experiencias modernas a bellas aventuras abstrusas, que en pleno auge de los vanguardismos, convierten a Ion Barbu, poeta de grandes decantaciones en el «Juego Segundo», en un verdadero clásico del idioma rumano en su gran interludio poético de múltiples vuelos.

Hay un momento en el cual, en su exégesis, Novaceanu se refiere a una traducción de Ungaretti de un fragmento de «Polifemo» y pone de manifiesto, en su referencia al original de Góngora y a la propia versión rumana, la oportunidad y la facilidad —a veces— de abordar un texto «difícil» con los instrumentos de la literalidad. Pero este es el caso de Góngora sólo en limitadas ocasiones. Lo importante es descubrir cuáles. Hay algo en Góngora que no ha sido suficientemente puesto de manifiesto, aunque parece vislumbrarse en la crítica de Novaceanu, en su extenso, elaborado, amplio estudio introductorio. La carga de experiencia latina, clásica en suma, en la poética de Góngora. Antes, mucho antes de que Pound y Valéry orientaran sus preferencias hacia los poetas latinos, la cultura poética europea supo apreciarlos e imitarlos. Lo de

Góngora es algo que se repetirá sólo con Leopardi, aunque la incomparable sencillez poética del genio de Recanati logra, por un proceso de catarsis única, alejar de sí cualquier reminiscencia de los modelos. Novaceanu, con todo, ha sabido hasta qué punto la hermenéutica le es necesaria. Para ello ha elaborado su propia estrategia, ha sabido navegar en el mar inmerso de la literatura crítica gongorista, calibrar la actualidad de su mito, su extensión, su intensidad, sus influencias. Si a veces peca, en busca de un «gongorismo» rumano *ad-hoc*, en muchas ocasiones la misma perspectiva hermenéutica le brinda aciertos. Aciertos que hermanan a veces hermenéutica elaborada y versión certera, como en el caso del pasaje de «Polifemo», «Erizo es el zurrón», con procedimientos o recursos metonímicos a los cuales la savia verbal rumana se presta. O que hacen de la literalidad modelo de acierto en los incomparables versos de «Polifemo»: «Si quiero por las estrellas/saber, tiempo, donde estás», en lo que podríamos decir antológica versión rumana: «Euvreau să stiu după stele/timpule cum te petreci». Como en la bella inmersión en la temporalidad de la lírica modelo de Eminescu, admirablemente analizada en su estructura verbal por Jakobson en su comentario analítico del poema «Revedere», o el soneto a Iope, donde, fiel a la literalidad, Novaceanu logra una perfecta versificación rumana, donde capta sin esfuerzo la intencionalidad y el arte combinatorio verbal del cordobés. Cosa que no ocurre con la aventura polisémica rumana del celebre juego, nada abstruso, de los «ruiseñores» y «ruicriados» gongorinos. Pero ni estas complicaciones, ni algunas erratas de imprenta, más de lo adecuado en una edición de lujo como ésta, de todas las bellas ediciones cuidadas con que nos tiene acostumbrados el arte tipográfico rumano (ej. año 1942, como el del Descubrimiento..), o de erudición (ej., «Girolamo» Folengo, pág. 206 e índice de nombres), en nada empañan las virtudes sobresalientes de la obra. Por otra parte, personalmente aconsejaríamos mantener para «Soledades», en rumano, su título original, universalizado y como tal conservado en varios países (tanto «Singuratati» rumano, como «Solitudini» italiano, mantendrían lejos del universo poético gongorino, al lector correspondiente).

En su largo «viaje hacia Góngora», Novaceanu recorre la «eclíptica» del poeta, el mundo suyo de las estatuas insomnes, su vivencia, su tiempo, su laberinto poético que significa un «vuelco» de la poesía en España, sus mitos, su eternidad. La poesía de Góngora, expresión suprema de lo poético y la cultura barroca, halla en la crítica y la versificación rumana de Novaceanu, a la propia manera gongorina, su sombra, su espejo, su doble, su original transposición. Nos encontramos aquí, una vez más, con aquel fenómeno de conceptualización poética en la edad barroca en España, que hemos tratado en nuestro libro *Profilo della cultura spagnola* (Rizzoli, Milán, 1982). Se logra así, la creación de una atmósfera, donde la tensión estética procura satisfacciones plenarias y evita el cansancio de la desesperanza —el «desengaño barroco»— que ya asomaba a la orilla del alma hispana en el tiempo fecundo de Góngora, de Lope y Quevedo. Una atmósfera que Novaceanu sabe hacer sobrevolar, estéticamente, los terrenos de la «transitividad» y la polisemia, antes de elevarse al cenit de la alucinación y del absurdo verbal, capaz de adquirir legitimidad poética de arquetipo. Así, desde Berceo, al cual Guillén confiere papel de «tras-lator» versificador inaugural, hasta Góngora, donde lo poético abre a la palabra la aventura, situación

límite, de lo alucinatorio y lo absurdo «in terminis», la poesía española cierra el ciclo primero que hace que, durante siglos y sobre todo durante el nuestro, la verdadera originalidad pueda ser auténtico y solar retorno. Al dar cuerpo y vida a esta realidad en una experiencia poética y explicativa en territorio distinto de lo hispánico, el traductor rumano ha hecho lo mejor de cuanto podía hacer en su esfuerzo: integrarse con entusiasmo en esta tarea. Esto quiere decir que ha logrado superar, en forma feliz, el solipsismo lingüístico que en el análisis de Mounin parece amenazar el destino de la traducción, hostilizado a su vez por la supertraducción y por la carga de las «visiones» del mundo. de esta manera, las bellezas formales de la metáfora gongorina han logrado, en su arraigo rumano, no llamar «canguro» a ningún «lobo de mar».—JORGE USCATESCU. *O'Donnell*, 11. MADRID 28009.

Las crisis humanas *

La tarea del filósofo es siempre la respuesta a un reto: el reto de la hora que le toca vivir. Ahora bien; dicha tarea surge como sollicitación que le lanza el mundo exterior a él mismo, sea como cambio de paradigma científico, de evolución social, de situación histórica. Pero sólo en la medida en que ese reto es interiorizado, constituido en problema personal, la respuesta del filósofo se transforma en su tarea específica: la conceptualización. Tal es el intento de Ferrater en la obra que nos ocupa: conceptualizar la crisis. Que el mundo vive una profunda crisis que dura ya una larga década es una dolorosa experiencia que todos sufrimos en nuestra propia carne; que, sumidos en su torbellino no logramos orientarnos o «verle salida» es el aspecto fundamental por el que la crisis se torna precisamente crisis. Pero, para el pensador, la crisis, en el momento de conceptualizarla, pierde su carácter dramático, para transformarse sencillamente en problema, que solicita una solución conceptual. Ferrater Mora ha aceptado, como filósofo de garra, ese reto, y de vivencia traumática, ha hecho un problema conceptual.

Ahora bien, la filosofía es, ante todo, experiencia acumulada, es decir, historia. Y la historia nos dice que la crisis contemporánea, pese a sus rasgos específicos, no es distinta, en su estructura, a las restantes crisis históricas por las que el hombre ha pasado. También la historia nos dice que saldrá de ella como ha salido en el pasado, pero que no saldrá a la buena, sino a través de una experiencia que habrá de ser dolorosa. Ello significa que la crisis habrá de ser superada, y uno de los modos es su superación conceptual: la crisis necesita ser pensada: lucidez y serenidad han de aunarse para que la crisis ni se prolongue demasiado ni nos abrume: para que no se transforme en trauma, o, lo que es peor, en complacencia que nos inhiba de la acción. Y así la filosofía vuelve por sus fueros: el pensamiento que guía a la acción.

* FERRATER MORA, José: *Las crisis humanas*, Alianza Editorial, Madrid, 1983, 209 págs.